

## **Jorge Ibarguengoitia: Instrucciones para leer la Historia de México**

---

*Ana Rosa Domenella*  
UAM-Iztapalapa

---

México es el único país que realmente conozco (...). Es mi país, me parece interesantísimo y me fascina.

*Jorge Ibarguengoitia*

### 1

A mediado de los años sesenta, en medio de utopías que los jóvenes defendíamos como realizables y en el límite sur del continente, «topé» literariamente con Guanajuato o Cuévano desde otra ciudad universitaria, conservadora y construida también por los españoles en un pozo rodeado por montañas: Córdoba o La Docta.

Después de haber leído infinidad de páginas y artículos sobre la Novela de la Revolución, nuestra infatigable «mexicanista» local, María Luisa Cresta de Leguizamón, nos propuso obras más recientes como *Las buenas conciencias* de

Carlos Fuentes y *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibarguengoitia, que traía el aura del Premio Casa de las Américas.

En los primeros años de los setenta fijé mi residencia en México y en mi laborioso trasplante vital redescubrí a Ibarguengoitia en sus artículos periodísticos, obras de teatro y novelas, encontrándolo atípico entre sus contemporáneos. El ácido guanajuatense era uno de los pocos escritores mexicanos antiolemnes y sabía ejercer su oficio con implacable agudeza. Su audacia y libertad para recrear la historia nacional y su propia biografía me impresionaron; más tarde el estudio detenido de sus textos me obligaron a replantear los caminos viables para cuestionar el discurso oficial, siempre serio y monolítico, y algunos aspectos sacralizados o mitificados por la cultura «dominante». Existe un viejo adagio que pregona: «riendo se castiga más». Después supe que para Mijail Bajtin la risa nunca tuvo un carácter oficial porque tiende a rebajar y materializar las abstracciones. Los géneros cómicos han sido tradicionalmente los más libres, los menos sometidos a reglamentación .

En un artículo titulado «Revitalización de los héroes», Ibarguengoitia afirma que «si la Historia de México que se enseña es aburrida, no es por culpa de los acontecimientos, que son variados y muy interesantes, sino porque a los que le confeccionaron no les interesaba tanto presentar el pasado, como justificar el presente». (1) También aseguraba que podía recitar de memoria, después de treinta años, un libro de Historia Universal que leía en «ratos de ocio»: «La mezcla de español e indígena produjo en México una raza nueva que se ha distinguido por sus virtudes y por el aborrecimiento que le inspira todo lo europeo», (2) y a continuación se hacía un recuento de hitos históricos desde la Independencia hasta la Revolución; épocas y héroes que han obsesionado a Ibarguengoitia en sus novelas y alguna obra de teatro como «El atentado».

En efecto, la historia de México se funda en el mestizaje según la versión oficial, pero en la zona del Bajío, en particular en Guanajuato, la raíz indígena ha sido opacada por una fuerte presencia criolla, por tal razón los indios casi no aparecen en la literatura de Ibargüengoitia, del mismo modo que son inevitables en la narrativa de la chiapaneca Rosario Castellanos o se incorporan como sustrato mítico en el cosmopolita Carlos Fuentes.

A finales del Siglo XVIII, cercana ya la época del inicio del movimiento de Independencia, Guanajuato era una de las zonas más densamente poblada del virreinato de la Nueva España, y también la más urbanizada, producto de un «insólito y equilibrado desarrollo económico y social de raíces regionales». (3)

Ibargüengoitia cuenta que su abuela también le daba clases de historia enumerando su frondoso árbol genealógico:

Tu te llamas Jorge Ibargüengoitia Antillón, Cuming, Castañeda -aquí seguía una lista de nombres que he olvidado excepto los tres últimos que eran. Aldama, Crespo y Picacho.

Aldama, el héroe de la Independencia, cuya cabeza estaba colgada de uno de los ganchos de la Alhóndiga, era mi abuelo en cuarto grado; es decir, yo soy su chozno. (4)

Pero no sólo esos eran los orígenes familiares porque también hace constar que entre los defensores de la Alhóndiga de Granaditas estuvo el «penúltimo gachupín de la familia don Pedro Ibargüengoitia» y allí murió. En el número 100 de la revista *Vuelta*, dedicado a Ibargüengoitia, se incluye un fragmento de su artículo titulado originalmente «Cinco de mayo» por la *Revista de la Universidad de México* (1962) y que se rebautiza «Mi bisabuelo contra los franceses». Ibargüengoitia

rescata allí partes de la hoja de servicio de su bisabuelo materno, el general Florencio Antillón, en la que se nota que llegó con su tropa de Guanajuato el día seis de mayo a la batalla de Puebla ganada el día anterior por las tropas mexicanas contra los invasores; más tarde afirma su descendiente, «le tocó la derrota en toda su esplendor». (5)

En el volumen *Sálvese quien pueda* (Premio México, 1975) el autor se burla de ciertos personajes que exaltan el pasado indígena (y sin lugar a dudas desprecian a los indios contemporáneos); el artículo se titula «El doctor mexicana y los conquistadores» y narra una sobremesa donde sólo eran «nativos» el citado personaje y el narrador. El doctor mexicana va enumerando los avances que en diversos campos de la medicina habían alcanzado las civilizaciones americanas frente al atraso de España en la misma época; el narrador va pautando con comentarios irónicos la disertación aunque no lo exprese en voz alta; finalmente cuando la concurrencia le cede la palabra se limita a decir: «Yo también tengo antepasados indígenas». (6)

## 2

En los años sesenta en México, según Carlos Monsivais, se vale «descreer del PRI y del rebozo», ya que «en medio de confianza, entusiasmo, colonialismo e ingenuidad, el sector ilustrado de las clases medias va declarando fuera de época a nacionalismos y chovinismos». (7) Son los años en que Ibarguengoitia comienza a publicar su obra narrativa.

En 1971 publica el artículo titulado «Así fueron nuestros antepasados» en el que cuenta la divertida leyenda, según él originaria de Salamanca. Gto., sobre los tiempos de la peregrinación azteca. En un principio el águila se paró en un nopal «a medio camino entre la refinería y el basurero, y empezó

a comerse una serpiente, pero que los habitantes de la región —chichimecas— la encontraron antes que nadie y la espantaron, porque sabían la suerte que les esperaba en caso de dejar establecerse en esas tierras a los peregrinos aztecas». (8) Ibarguengoitia añade de su cosecha que el águila seguía posándose en otras poblaciones, como Morelón y Huehuetoca, hasta encontrar el lugar deshabitado «dentro del telar y el carrizal, adentro del agua», donde lo encontraron los aztecas «antes de que nadie tuviera tiempo de espantarlo». Está aquí presente la mirada desacralizante típica del autor y la posición orgullosa de un provinciano del Bajío frente al poder secular de Tenochtitlan - Distrito Federal; esta leyenda también se opone a las mistificaciones que sobre el Aztlán confabulara la cultura chicana desde los Estados Unidos.

Con igual ironía y basándose en los «textos de historia patria» se refiere a la utilidad práctica de las «guerras floridas» y los sacrificios humanos en honor a Huizilopochtli. Distante de toda una corriente que exalta como el paraíso a las violentas organizaciones sociales prehispánicas, Ibarguengoitia, continuando con su peculiar lectura de los libros oficiales de historia, cuanta que Moctezuma II, a pesar de su poder y riqueza «no era feliz» por la profecía de Quetzalcoatl, y en cuanto a la conquista afirma el ironista: «Cuando llegaron los españoles, como de costumbre, todo se echó a perder». A la compleja estratificación social de la sociedad indígena le sigue la simple división entre «vencedores y vencidos», que se mantendría hasta la época de don Porfirio Díaz pero con el nombre de «la gente decente» y «los pelados» y luego añade su crítica mordaz a la sociedad contemporánea.

Todo aquél que haya seguido sus artículos o sus cuentos, compilados bajo el sugestivo título de *La ley de Herodes* (1967), sabe que comenzó estudiando Ingeniería, a pedido de las mujeres de la familia y en función del patrimonio heredado (y menguado por los repartos agrarios), pero terminó la carreta de Arte

Dramático en Filosofía y Letras gracias a su devoción, o interés, por las clases impartidas por Rodolfo Usigli o porque en un temprano viaje a Europa descubrió su verdadera vocación.

Al maestro Usigli le interesaba también la historia en el teatro, pero defendía el uso de la imaginación sobre el documento y aseguraba que si llegaba a resultar debía verse como «una lección de historia, nunca como una clase de historia». (9) Sus compañeros de generación sí llegaron a poner su imaginación y conocimientos dramáticos en la recreación de la sociedad prehispánicas. Por ejemplo su amiga Luisa Josefina Hernández escribió un texto basado en el *Popol Vuh* y Sergio Magaña escribió un Moctezuma II y también Cortés y la Malinche (Los argonautas). Jorge Ibargüengoitia sólo lo hará en una carta pública que, despechado, le dirige a Usigli y es recogida por Vicente Leñero en su libro *Los pasos de Jorge*. El texto se publica en el suplemento «México en la cultura» (1961), bajo el título de «Sublime alarido del ex alumno herido». La causa es que el maestro no lo nombra en un reportaje que le hace Elena Poniatowska y le pregunta sobre los jóvenes escritores nacionales. Escribe así el discípulo «ninguneando»:

¿Por qué no me menciona a mí? Yo también quiero estar en la constelación. Quiero ser santo y estar en el calendario. No es posible que se haya olvidado que existo...

Y para demostrar que él también es capaz de escribir sobre esos temas incluye, en sorna, la obra «No te achicopales Cacama. Tragedia del Anahuac en verso libre». Los personajes, además del citado protagonista del título, son: Xochopoxtli, Cortés, Marina y Bernal Díaz del Castillo; se incluyen juegos onomatopéyicos con palabras de origen nahuatl o que se le semejan; por ejemplo una enumeración de gentilicios a cargo de Xochipoxtli:

Ya vienen los talxcaltecas, los cholultecas, y huhuetocas.  
Los chichimecas de Chichíndaro,  
famosos por sus dulces aguas,  
y los de Zacatlán de las Manzanas  
preñadas;  
y vienes también los mecos y los texcocanos  
porque al fin y al cabo  
todos son buenos mexicanos.

Por su parte el personaje de Doña Marina dice: «Me siento embarazada/ creo que daré a luz al México del futuro». También está presente la orografía y la flora del Valle de México, el cacahuete y el ahuhuete; el Popocatepetl y Citlaltépetl. Mientras Cacama exclama antes de morir: «México, creo en ti», Xochipoxtli recita «Todo está perdido para Aztlán». (10)

Pasan los años y muerto Usigli (1979) Ibargüengoitia reconoce que «nada escribió tan venenoso ni nada ha tenido tanto éxito».

En este recuento de la tangencial presencia de los indios en la obra de Jorge Ibargüengoitia, es evidente en los cuentos *La Ley de Herodes* el rechazo a una visión folclorizante e idílica desde la perspectiva del narrador protagonista, joven y clasemediero.

Las escasas alusiones a un pasado indígena son descalorizantes en estos relatos autoirónicos y con pretensiones cosmopolitas: los pelos «muy mexicanos» del ladrón de «El canario»; la Danza de los Viejitos que organizan los scouts mexicanos en el Jamboree de Francia, en «Falta de espíritu scout» o los retratos de Blanca con trajes regionales que la desfavorecen, en «¿Quién se lleva a Blanca?». O sea que el pasado auge nativista, con indígenas que triunfan tan sólo en los murales, está reducido en *La Ley de Herodes* al silencio, la marginalidad o el disfraz.

En su última novela, *Los pasos de López* (1981), (11) se incluye una visión clasista por parte del narrador memorialista Matías Chandón, joven oficial criollo, sobre los indios de Paso de Cabras que se incorporan a su batería y de quienes escucha historias de sequías y miseria y la incorporación al ejército por falta de voluntarios según la versión del Coronel Bermejillo. Recuerda Chandón que era cierto o que decía Periñón (el personaje que representa al cura Hidalgo y es el López del título de la novela): «nunca habían visto un cañón» y añade en tono de sorna:

Ni un cañón ni un botón ni un zapato ni un peine. Usaban uniformes iguales a los que tenían los demás soldados pero en ellos se veían diferentes. Los chacós no le entraban en la cabeza porque el pelo les crecía en forma de tejaván, nunca vi uno que hubiera alcanzado a abrocharse la mitad de los botones del uniforme y en los pies no aguantaban los huaraches. El coronel les había asignado una parte del cuartel que siempre estaba oculto por un humo espeso, porque sus mujeres acostumbraban quemar estiércol en los braseros (p. 54).

Aunque la mirada sea sin concesiones, Chandón los entrena y les busca una alojamiento más apropiado ya que los planes de la conspiración incluía el ataque al cuartel donde ellos vivían. El humo en los braseros quizá los hacía invisibles para otras miradas más piadosas, como son invisibles la mayoría de los indígenas que habitan la capital, medio millón de mixtecos, zapotecas, triquis y mazahuas según las estadísticas; uno de cada veinte de los que en la actualidad sobreviven en el país. (12)

Pero Chandón es también implacable con sus pares, del cura Periñón recuerda cómo trataba a la «gente pobre»: «Los conocía, los comprendía y los dominaba» (p. 30). La gentil y bella Carmelia le muestra al joven oficial «las casas de la gente pobre» desde la mansión de La Loma: «Que bonitas son ¿verdad? Son muy sencillas pero están muy arregladitas. Si usted se fija en ninguna falta una macetita de flores». Mientras la mirada antirromántica del narrador nos describe casa de adobe, «humaredas», «mujeres cargando rastrojo» y «niños jugando en el lodo», la Corregidora exclama: -«Qué dignidad hay en la pobreza!» (p. 15). Es posible que la mirada hipercrítica del ironista esté implícita en el personaje de Chandón.

*Los pasos de López* se inicia con un viaje en diligencia y la prevenciones del licenciado Manubrio, siniestro personaje que represente al «Tribunal Negro», contra los criollos que conocerá en Plan de Abajo. Le cuenta al joven militar sobre la conspiración de Huetámara (extratextualmente, Valladolid, 1808). En esta pasaje que anticipa «el grito de Ajeteo» (o sea el de Dolores), núcleo argumental de la novela, se percibe una perspectiva histórica mayor a la del personaje narrador y que puede atribuirse a un metanarrador que urde los hilos del relato. Chandón transcribe las palabras del representante de las autoridades españolas con lo que se denomina «ironía citacional»:

Querían proclamar la independencia de la Nueva España, abolir los tributos reales y, lo que al licenciado Manubrio le parecía más espantoso, incautar los bienes de los españoles para distribuirlos entre los mexicanos ¡incluyendo las comunidades de los indios! (p.12).

La víctima de la mirada irónica no es sólo el inquisidor sino también los criollos que tomaban como «natural» la servidumbre de los indios. En la historia extratextual, el cura Miguel Hidalgo libera de su esclavitud a los indígenas, en la

novela de Ibarguengoitia es interesante cómo se recrea el episodio. En la primera visita a Cuévano que Chandón describe como «una taza de porcelana fina puesta entre las montañas agrestes», (p.81) van a pedir el tomo de la Enciclopedia con la C de cañones, aunque lo enmascaren tras la necesaria consulta sobre el cultivo de las ciruelas, al intendente don Pablo Berreteaga (en la realidad histórica, Juan Antonio de Riaño). En contraste con el lujo y las comodidades de la casa del intendente cuando visitan la mina La Resaca el narrador memorialista la describe como «un pueblo triste, lleno de gente amarilla. Por el medio de la calle corría un arroyo pestilente» (p. 82). Periñón le hace el comentario obvio de que «nadie está aquí por su gusto»; luego visitan la hacienda de beneficio, Otates, para que el joven vea cómo se separa la plata de sus impurezas.

Se ponen los ingredientes molidos en el fondo de un tanque, se agrega el agua y luego se meten mulas a dar vueltas para que con las patas hagan la mezcla, Periñón me explicó que el cinabrio carcome los cascos de las mulas y los pies de los arrieros (Ibid.)

Después de la cruenta toma de la ciudad de Cuévano el cura Periñón, libera a los presos de la cárcel y regresa al pueblo de Otates, donde los arrieros no estaban pero sí las mulas. «Periñón desmontó, fue a la entrada del corral, él mismo quitó las trancas entró al corral y arreándolas, hizo que todas las mulas saliera y no dejó que nadie las agarrara», luego les explicó a su gente «-Pongo en libertad esas mulas porque han sido maltratadas y usadas en beneficio de unos cuantos» (p. 126).

En una entrevista reciente el historiador Jean Meyer se refiere a este episodio afirmando que no lo inventó Ibarguengoitia sino que «aún sobrevive en las familias guanajuatenses». La escena acaba con las mulas sueltas que se van al galope en plena libertad» y concluye enfático:

Yo me quedo con esa imagen franciscana de un Hidalgo que no sólo libera a los esclavos y a México de la dominación española, sino que lleva el anhelo de libertad hasta los animales. (13)

Matías Chandón, más objetivo quizá o menos entusiasta, que el estudioso de la guerra cristera, observa después de la acción efectuada por Periñón que en vez de un tropel hacia la libertad, «las mulas se quedaron pastando en la orilla del río», lo que resulta más verosímil.

En cuanto a la liberación de los trabajadores de la mina, el memorialista lo rescata desde la perspectiva novelística de treinta años transcurridos entre los hechos narrados y su escritura, del siguiente modo:

«-Con estas palabras que oyen queda abolida la esclavitud en América». Los indios que habían subido a la superficie «cansados, embarrados, casi encuerados» (Ibis) recibieron la solemne declaración en silencio. Y explica el narrador: «Los que la oyeron no la entendieron. Eran indios a quienes sus amos compraban y vendían y hacían bajar a la mina a fuerzas, pero como no eran negros creían que no podían ser esclavos» (pp. 126-127). Dándose cuenta de su azoro Periñón les aclara que desde ese momento bajará a la mina «el que quiera, porque le convenga el sueldo y el que no, no». Entonces, recuerda el narrador, que gritaron: «-¡Viva del cura Periñón!».

Una escena similar narra Carlos Fuentes en su novela sobre la Independencia, *La campaña* (1991), desde la perspectiva de su protagonista ficticio, Baltasar Bustos y los indios del Alto Perú. El narrador omnisciente dice:

La Junta de Buenos Aires le había ordenado -dijo después de una pausa, dando a entender que la metáfora era sólo un preámbulo y éste una metáfora-

liberar de la servidumbre a los indios del altiplano, cosa que ahora hacía formalmente. (14)

El personaje se dirige a ellos desde un caballo «negro y brillante», apunta el narrador y empuñando el decreto que le enviase Dorrego (personaje histórico): «Se suprimen los abusos, se libera a los indios del tributo, se les reparten las tierras, se establecen escuelas y se declara al indio al igual que cualquier otro nacional argentino y americano». Aquí el personaje transmite pero no es el que hace la ley como en el caso de Periñón. En el episodio de *La campaña* algunos indios se hincan y quieren besarle la mano y éste los insta a levantarse, a dar el ejemplo de gobernarse a sí mismos, y desde una visión roussoniana les dice: «ustedes están más cerca de la naturaleza que nosotros». Para romper la solemnidad de la escena interviene otro personaje que aunque resulte extraño conserva en la novela su nombre real, el padre De las Muñecas, y le dice a Baltasar que ya no insista; en ese momento el joven protagonista se da cuenta que los indios no hablan español, sin embargo el cura insurgente le asegura que «saben distinguir la verdad en el tono de voz». A su vez son observados por los «criollos ricos» beneficiarios del régimen de «mita», o sea el trabajo forzado del indio en la mina. El cura le cuenta que es tal la explotación que los indios prefieren huir a las haciendas «donde el terrateniente parece casi un franciscano comparado con el capataz de la mita». En la novela de Fuentes la incompreensión está en el lenguaje y no es el concepto de esclavitud y los explotadores incluye a los criollos ricos y no sólo a los aristócratas españoles. De todos modos Ibarguengoitia recrea la escena con mayor naturalidad y humor o con menos erudición y solemnidad, como es el caso de su contemporáneo.

Para finalizar este tema recordemos que esos curas que lucharon por la Independencia de nuestros países hispanoamericanos murieron, por lo general, ajusticiados y excomulgados porque los jefes eclesiásticos estaban aliados

con el poder colonial o porque, como decía San Agustín, y aplauden los poderosos, «La misión de la Iglesia no es liberar a los esclavos, sino hacerlos buenos».

4

Ibargüengoitia opinaba que los historiadores echan a perder la historia. En una entrevista con René Delgado se refiere a la «conspiración de Querétaro» antes de publicar –y posiblemente de escribir– *Los pasos de López*; el tema le parece «maravillo y se pregunta:

¿Cómo fue todo ese lío en que se metieron?, ¿en realidad escogieron las juntas de la Corregidora? (...) Esto debe haber empezado como gente que se junta entre semana: los jueves nos juntamos en casa de fulano, pues para hacer una fiestecita. Y de repente, se ven metidos en un enredo y tienen que levantarse en armas.(15)

Con anterioridad a esta declaración ya había abordado el tema en la obra de teatro «La conspiración vendida», la cual recibió el premio Ciudad de México, en 1960, en el marco de festejos por el Sequiscentenario de la Independencia, es incluida más tarde en el volumen *Sálvese quien pueda* (1975). En un artículo titulado «Dos aventuras de la dramaturgia subvencionada» cuenta cómo la escribió impulsado por las deudas. Leyendo la obra 19 años después al autor no le parece tan mala, pero tiene el peculiar olor del teatro subvencionado. En su autocrítica Ibargüengoitia nota que el cura Hidalgo «habla poco pero es visionario; dice por ejemplo que los que inician una revolución nunca ven el final y sugiere que va a morir fusilado. (16)

La misma posición mantiene el personaje Periñón en la novela pues cuando Matías Chandón le pregunta la forma de gobierno que tendría la Nueva España después de la revolución, contesta:

-Puede ser una república como tiene en el Norte o bien un imperio como tienen los franceses, pero es cuestión que francamente no me preocupa, porque sería raro que legáramos a ver esto que estamos comenzando (p. 76).

En cuanto a la posible puesta en escena de la obra patria que no se estrenó, el autor considera que nada bueno puede esperarse de un «un actor disfrazado de Hidalgo y una actriz disfrazada de la Corregidora sueltos en el escenario» y se le ocurre que podrían sustituirse por dos estatuas de papel maché que entren en andas y digan sus parlamentos cantados. En *Los pasos de López* se ensaya una obra de teatro titulada «La precaución inútil» en la tertulia de la Casa del Reloj donde asisten los «conspiradores».

Carmelita (la Corregidora) hace el papel de la bella y tonta Rosina, Ontananza (Allende) el del joven galán Lindoro y Periñón (Hidalgo) el de López, su criado, «el personaje más interesante de la comedia, él enredaba y desenredaba la acción, resolvía todos los problemas y al final recibía todos los castigos» (p 37) la síntesis del narrador sirve de anticipo o prolepsis de lo que acontece en la historia que le sirve de marco y remite, extratextualmente, a la «Conspiración de Querétaro», como la llamó el historiado Lucas Alamán.

En 1981 cuando se publica *Los pasos de López* ya se había iniciado el auge de la «nueva novela histórica» latinoamericana que, según el crítico Fernando Aínsa, surge después del a experimentación de la narrativa en los años sesenta y de los testimonios y denuncias de los setenta. En la década de los

ochenta pareciera que los escritores «hubiesen necesitado incorporar el pasado colectivo al imaginario individual», lanzándose a la aventura de «releer la historia del continente», pero desde una nueva perspectiva cuestionadora de los discursos historiográficos oficiales, a través de caminos exploratorios que incluyen la ironía, la parodia y el *pastiche*. (17)

Desde mucho tiempo antes Ibargüengoitia era consciente de la necesidad de «asaltar la historia oficial» como también propone Fernando del Paso.

En «El atentado» de 1962 rompe con el teatro que escribiese hasta entonces y encara la farsa histórica que le valió el Premio Casa de las Américas 1963 (compartido, mal que le pesase, con el argentino Osvaldo Dragún).

Los dos beneficios que según el autor le reportó la obra, tácitamente censurada hasta 1975, fue el cierre de las puertas del teatro y la apertura de las de la novela, que se convertirá en su género preferido. Con el material consultado para documentarse sobre el asesinato de Alvaro Obregón le alcanza para escribir las memorias apócrifas del General José Guadalupe Arroyo (*Los relámpagos de agosto*, 1964) y su novela de los dictadores latinoamericanos (*Maten al león*, 1969) concebida en un principio, como la versión cinematográfica de *El atentado*.

Jorge Ibargüengoitia ha dicha en varias oportunidades que el asesinato de Alvaro Obregón durante una comida en su honor, a manos de un fanático católico, siempre lo había fascinado; podría pensarse que una de las causas es que ocurrió en 1928, año del nacimiento del autor.

Cuando Italo Calvino fue jurado del Premio Casa de las Américas que eligió a *Los relámpagos de agosto* como ganadora, se refirió a la importancia de «mirar el pasado con ojos nuevos» porque era la primera vez que un escritor mexicano se atrevía a reírse de ciertos personajes de la Revolución de 1910.

En su última novela la mirada hipercrítica sobre los generales revolucionarios se atempera en el humor en cuanto al protagonista Perión-López.

No comparto, por consiguiente la afirmación de Eugenia Revueltas en su artículo «Los peligros del humor»(18) que califica a *Los pasos de López* como «sátira histórica», añadiendo que el comunicado ideológico de la visión de la Independencia es similar a la de *Los relámpagos de agosto* sobre la Revolución, que los mexicanos son «unos buenos para nada».

Desde mi punto de vista por medio del humor se logra revitalizar el pasado histórico; además, el movimiento independentista es presentado en sus inicios antes de las claudicaciones de ciertos grupos criollos y la figura del Padre de la Patria resulta positiva, aunque la bajen del pedestal de los héroes. La atracción por la figura del cura Hidalgo es distinta que la que le producía Obregón pues le profesa admiración y la gesta independentista es narrada como «propia», mientras que los avorazados generales son desnudados en sus ambiciones y torpezas por medio de la ironía que siempre resulta más distanciada, escéptica y sesgada que el humor.

Ibargüengoitia rechazaba ser catalogado como «humorista» si eso significaba estar en permanente búsqueda de chistes o situaciones chistosas, pero reconocía no saber muy bien qué debía entenderse por humor; sin embargo tenía claro lo que se consideraba sátira y no acepta que se clasifique como tal a sus novelas.

En este género —decía, seguramente recordando su aprendizaje dramático,— el escritor odia al personaje y los presenta como una piltrafa», tampoco cree ser burlón porque «supone algo de odio, de crueldad o desprecio»; en cuanto a la comedia sí le significa algo concreto y parece más cercana a su perspectiva: «una visión parcial de las cosas, de ver la realidad

en un sesgo»(19) también en la comedia existe simpatía del escritor con sus personajes.

Esta simpatía es evidente en el trazo del personaje de Periñón, con su chispeante apellido de champaña, su natural don de mando, la seducción que ejerce entre sus amigos y allegados y su desinterés por el dinero, junto a una aguda inteligencia y, finalmente, su triunfo sobre el juicio y la condena que le imponen los poderes eclesiásticos y virreinales.

Es ejemplar el modo en que se narra la muerte del «héroe», la que coincide con el final -o muerte- del relato. Periñón acepta, después de seis meses de prisión, firmar el «acto de contrición» exigido para concluir el juicio y darle una «absolución» religiosa que no le interesa. Le llevan el escrito durante el desayuno, lo lee, termina el chocolate y lo firma. «Después lo llevaron a un basurero y lo fusilaron». La falta de sentimiento trágico en la narración escueta de los hechos desemboca en la invención de un mito para aminorar la pérdida: «En el lugar donde escurrió la sangre, dice la gente, nació una planta de nopal chiquito que da flores rojas y se llama *periñona*». Pero en el último párrafo el narrador le da una vuelta de tuerca al relato hacia la visión humorística dominante:

Dieciséis años pasaron antes de que alguien se diera cuenta de que, en el acto de contrición que le llevaron, Periñón, en vez de firma, escribió no más López (p. 154).

La rebeldía póstuma del protagonista confirma que el humor no es resignado sino rebelde y no sólo triunfa el yo sino también el «principio del placer» –en términos de Freud– (20) sobre una realidad adversa e inmodificable.

Es interesante las transformaciones que introduce el autor al recrear los acontecimientos del que denomina «El Grito

de Ajetreo», por ejemplo el destino final del jefe de los insurgentes. Desde niño Ibarguengoitia había oído en Guanajuato sobre la exhibición de las cabezas cortadas y ennegrecidas. Tal es así que un artículo titulado «El grito, irreconocible» después de reírse del esquematismo con que se trasmite los retratos de los héroes: «Morelos es el del pañuelo amarrado a la cabeza, Zaragoza el de los anteojitos (...) El cura Hidalgo es este viejito calvo» recuerda que su primera clase de historia fue mucho más interesante. «Mi madre me llevó a la Alhóndiga de Granaditas y me dijo: -De esos ganchos que ves allí, colgaron las cabezas de los insurgentes». Ya escritor maduro, en *Los pasos de López* elige como espacio final del héroe un basurero, cercano a la muerte de K. en *El proceso* y además incluye el mito de la flor roja de nopal.

En este final de siglo de pretensiones globalizadoras y predicciones apocalípticas es bueno reconciliarse con la risa y la antioleumidad.

Es bueno, también, proponer el encuentro o el reencuentro con la obra de Jorge Ibarguengoitia, un escritor profundamente enraizado en su región (Cuénavo-Guanajuato, Plan de Abajo- El Bajío) y abierto al mundo. En sus textos encontramos instrucciones precisas, pero no obligatorias, para enfrentarnos con episodios de la Historia de México con mayúsculas y con su «intrahistoria» cotidiana y menuda. Siempre con mirada fresca y alejada de la cursilería y de los lugares comunes, o produciendo el necesario «extrañamiento» ante ellos como para rechazarlos.

Nos enseña a desconfiar de las certezas del poder y de los absolutos de la pasión en una obra original y con pocos seguidores.

Por último hay que proponer a todos leerlo por la «única razón lícita» que el propio Ibarguengoitia afirmaba que existía para leer textos literarios, «por el goce que producen». (21)

## NOTAS

- 1 «Revitalización de los héroes», en *Obras de Jorge Ibarguengoitia, Instrucciones para vivir en México*. Selección y prólogo de Guillermo Sheridan, Joaquín Mortiz, México, 1990, p. 34.
- 2 «Lo mucho que no supimos», en *Obras de Jorge Ibarguengoitia, Instrucciones para vivir en México*, ed. cit. p. 250
- 3 Enrique Flores Cano e Isabel Gil Sánchez, «La época de las Reformas borbónicas y el crecimiento económico, 1750-1808», en *Historia general de México*, T. II, El Colegio de México, México, 1977, 2da. ed., p. 235.
- 4 «El grito, irreconocible», en *Instrucciones para vivir en México*, ed. cit. p. 39.
- 5 «Mi bisabuelo contra los franceses», en *Revista Vuelta* (México), núm. 100, (1985), p. 54.
- 6 «El doctor mexicana y los conquistadores», en *Sálvese quien pueda*, Novaro, México, 1975, pp. 203-206.
- 7 Carlos Monsivais, «Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX», en *Historia general de México*, T. IV, ed. cit. pp. 420-421
- 8 «Así fueron nuestros antepasados», en *Instrucciones para vivir en México*. ed. cit. pp 28-30.
- 9 Cit. por L: Howaed Quackenbush, en *El 'López' de Jorge Ibarguengoitia. Historia, teatro y autoreflexividad*, CONACULTA, INBA, México, 1992
- 10 «Supremo alarido de un ex alumno herido» y «No te achicopales Cacama», en Vicente Leñero, *Los pasos de López*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, México, 1989, pp. 79-83
- 11 Jorge Ibarguengoitia, *Los pasos de López*, Océano, México, 1982. La primera edición sale en Esaña con el título de *Los conspiradores* en 1981. Las citas textuales corresponden a la primera edición mexicana y en adelante sólo se anotará el número de página entre paréntesis.
- 12 Véase nota «El indio, indocumentado del Distrito Federal» en *La Jornada* (México), domingo 15 de septiembre de 1996, sección «La Capital», pp. 44-45

- 13 Véase nota y entrevista de Patricia Vega a Jean Meyer, «Fue Hidalgo un caso ejemplar de la *teología de la liberación*», *La Jornada* (México), domingo 15 de septiembre de 1996, sección «Cultura», p. 27
- 14 Carlos Fuentes, *La campaña FCE*, México-Buenos Aires, 1991, Col. Tierra Firme, p. 83
- 15 Carlos Fuentes, ob.cit. p. 85
- 16 Rene Delgado, «Jorge Ibargüengoitia: Los historiadores echan a perder la historia», *Revista Proceso* (México), 26 de diciembre (1977).
- 17 «Dos aventuras de la dramaturgia subvencionada», en *Autopsias rápidas*. Selección de Guillermo Sheridan. *Vuelta*, México, 1989, lea. reimp. Primera Parte «Escribir cansa», pp. 55-61
- 18 Fernando Ainsa, «La reescritura de la historia en a nueva narrativa latinoamericana», en *La Novela Histórica*, sección de *Cuadernos Americanos*, Nueva Epoca, Núm. 28, julio-agosto, UNAM, México, 1991, pp. 13-31
- 19 Eugenia Revueltas, «Los peligros del humor», en *Vasos comunicantes*, UNAM, México, 1985, pp. 71-76, (Col. Cultura Universitaria)
- 20 Aurelio Asiain y Juan García Otyza, «Entrevista a Jorge Ibargüengoitia», en *Revista Vuelta* (México), núm.. 100 (1985), pp. 48-50
- 21 Sigmund Freud, «El humor» y «El chiste y su relación con lo inconsciente», en *Obras Completas V. I y III*, respectivamente, Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, En su breve artículo sobre el humor, Freud incluye un chiste para ejemplificar este optimismo del yo frente a las adversidades: El reo, conducido un lunes a la horca exclama: ¡Linda manera de comenzar la semana!  
«Apuntes para una teoría literaria», en *Autopsias rápidas*, ed. cit. p. 27.